

Entre textos y discursos. La historiografía y el poder del lenguaje

PEDRO CARDIM

Universidade Nova de Lisboa

MOMENTOS DE REFLEXIÓN

Resulta impresionante el gran número de artículos sobre las condiciones y los límites inherentes al conocimiento historiográfico que se han venido publicando en estos últimos años. Se trata, en parte, de lo que el sociólogo francés Pierre Bourdieu calificó de «intensificación de una tendencia reflexiva» por parte de los historiadores, quienes no cesan de escribir, leer y escribir de nuevo tales textos. En dichos artículos, además de trazar la específica historia de su disciplina, los historiadores reproducen una imagen convencional de los caminos seguidos por la crítica historiográfica desde finales del siglo pasado hasta la actualidad, exponiendo, en disposición lineal, todo el proceso de construcción de la identidad de un saber. Un saber que, de ese modo, produce y fija su propia historia y celebra a sus héroes y a sus santos¹. Verdaderas operaciones de culto y

¹ Consideraciones hechas por Pierre Bourdieu en una entrevista originalmente publicada en Alemania: «Pierre Bourdieu im Gespräch mit Lutz Raphael» [Pierre Bourdieu entrevistado por Lutz Raphael], *Geschichte und Gesellschaft* (Göttingen) 22/1 (enero-marzo 1991), pp. 62-89; publicado, con algunos cambios, en la revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (París), 106-107 (marzo 1995), pp. 108-122. En otras áreas disciplinares también encontramos procesos análogos de proyección historicista, como ha mostrado Antonio Serrano a propósito del derecho administrativo español: «El problema de la transmisión cultural de formas jurídicas: discurso e historia en el derecho administrativo español», *Revista Vasca de Administración Pública* (Oñati), 23 (enero-abril 1989), pp. 140 ss.

reverencia para con los «padres fundadores» del campo disciplinar en el que se inscriben, no es, pues, de extrañar —como también ha recordado Bourdieu— que muchos de estos artículos acaben por parecerse a una especie de conmemoración hagiográfica ahora de éste, ahora de aquel historiador o escuela historiográfica.

Lo cierto es que, gracias a este conjunto de artículos, disponemos hoy de una imagen más o menos familiar del recorrido que ha seguido la disciplina historiográfica, apareciendo, en numerosas ocasiones, las mismas citas y referencias, las cuales reproducen secuencias ya consagradas de autores y evocaciones de casi siempre las mismas figuras tutelares —Max Weber, Émile Durkheim, Marc Bloch, Lucien Febvre, Fernand Braudel y Norbert Elias se cuentan entre las referencias más repetidas—, en una rutina canonizadora que constituye, en el fondo, una operación que tiene mucho de «celebración ritual». Sin embargo, también hay que destacar que de todo ese trabajo no ha resultado ninguna contribución teórica de carácter sistemático, ni tampoco la formulación de una propuesta teórica innovadora o específica del medio historiográfico². Por el contrario, se ha producido, en esencia, la asunción por parte de la historiografía de una serie de conceptos y de problemas provenientes de otras áreas³.

Pero además de esta función «conmemorativa» que ya hemos señalado, que se hayan escrito todos estos artículos saca a relucir la disposición para discutir y debatir problemas teóricos que, en los últimos años, ha arraigado tanto en el campo de las ciencias sociales y humanas. A lo que parece, tal clima de discusión va a ser duradero, porque, además, se halla vinculado a una práctica de análisis marcada por una inusitada aproximación entre los distintos saberes sociales, hasta el punto de estar asistiéndose en ciertos casos a un auténtico cruce de objetos de estudio, de problemas, de teorías y de métodos. Un ambiente que podemos considerar, al menos en algunos casos, verdaderamente interdisciplinar y que se caracteriza por una abertura teórico-metodológica evidente, por una «libertad interpretativa» mayor e, incluso, por el «contrabando» entre disciplinas distintas. De todo esto ha resultado un *corpus* de estudios que es difícil de clasificar de forma lineal, porque lo conforman investigaciones que, de forma deliberada, presentan una condición *fluida* —por usar la

² Como ha recordado D. Ramada Curto, para muchos historiadores este déficit teórico de la historiografía constituye, incluso, un motivo de orgullo y un aspecto que se considera básico en la identidad de la disciplina historiográfica (cfr. «As Múltiplas Faces da História», *Educação e Sociedade* (Lisboa), 8/9 (marzo-julio de 1995), pp. 41 ss.).

³ Cfr. R. Chartier, «Le monde comme représentation», *Annales ESC* (París), 6 (1989), pp. 1505 ss.

sugestiva expresión de Clifford Geertz—⁴. Y, como ya hemos indicado, semejante clima de «encuentro» entre prácticas analíticas diversas ha creado las condiciones propicias para lograr una atmósfera de debate y discusión.

Para los entusiastas de la tantas veces proclamada *linguistic turn*, esta mayor «libertad interpretativa» no es más que un aspecto de la transformación más general que estaban queriendo introducir en el campo de las disciplinas dedicadas al estudio de las prácticas sociales⁵. Entre las diversas novedades que auguraron, los mayores frutos se han obtenido al conceder prioridad al estudio de los fenómenos lingüísticos, opción de profundas implicaciones tanto en el debate sobre las condiciones del conocimiento historiográfico, como en lo relativo a las estrategias de investigación y a los estilos de descripción adoptados por el historiador. El propio dominio de las técnicas de validación del saber producido por los historiadores también ha vivido idéntico clima de reflexión, del cual ha resultado, sin duda, una mayor conciencia del papel jugado por las convenciones lingüísticas sobre las que descansa el saber producido por la historiografía⁶.

El aspecto más destacado de este *sui generis esfuerzo teorizador* de los historiadores radica, sin embargo, en cómo los fenómenos lingüísticos se han articulado con una postura analítica que ve en la sociedad un conjunto complejo e interrelacionado de entidades que producen e intercambian información sin cesar. De hecho, la premisa común de muchos de los trabajos más recientes es que cada una de esas entidades —sea el individuo, un grupo o el conjunto de la comunidad— opera incesantemente con palabras y no con axiomas abstractos. Por ello, se dedica un gran esfuerzo a comprender cómo el lenguaje, y su simbolismo, determinan (o con-

⁴ Clifford Geertz, en «Genres flous: la refiguration de la pensée sociale», en *Savoir local, savoir global. Les lieux du savoir*, París, P.U.F., 1986, pp. 13 ss. y 27 ss. (traducción francesa, por Denise Paulme, de *Local Knowledge. Further essays in Interpretative Anthropology*, Nueva York, Basic Books, 1983). En este mismo texto, Geertz define a los antropólogos como «analistas anfíbios», por participar tanto de las referencias de los saberes tradicionalmente considerados «Humanidades» como de las «Ciencias Sociales». Por lo que se ha podido ver en los últimos años, marcados por una relación cada vez más intensa entre historiografía y ciencias sociales, es muy posible que ese calificativo de «anfíbio» ya se pueda aplicar también a los historiadores.

⁵ Para un buen juicio crítico de los logros de la llamada *linguistic turn*, vid. Roger Chartier, «“Cultura popular”: retorno a un concepto historiográfico», *Manuscripts. Revista d'Història Moderna* (Barcelona), 12 (1994), pp. 43-62 (traducción de una comunicación presentada en el seminario «Popular Culture, an Interdisciplinary Conference», que tuvo lugar en el Massachusetts Institute of Technology, 16-17 octubre 1992).

⁶ Como han señalado J. Appleby, L. Hunt y M. Jacob, en *Telling the Truth about History*, New York-London, W. W. Norton & Company, 1994, pp. 241 ss.

dicionan) el razonamiento y el comportamiento humanos⁷. En otras palabras, se ha puesto justo en el centro de los intereses la dimensión *comunicacional* de los procesos sociales. De ese cambio y de sus implicaciones en el campo historiográfico es de lo que intentaremos dar cuenta a lo largo de este texto.

LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA COMUNICACIÓN

Hay que destacar que esta opción de hacer hincapié en los procesos sociales de producción e intercambio de significados es muy anterior al surgimiento de la *linguistic turn*. Desde hace ya, al menos, algunas décadas, tanto la antropología como la sociología, y de alguna manera también la filosofía, se han embarcado en una reflexión seria y rigurosa sobre los procesos sociales de intercambio de información, así como sobre las operaciones socialmente determinadas de construcción y de atribución de significados.

Una reflexión que, en conjunto, ha hecho sentir sus efectos tanto en el campo de la historia como en el de las otras áreas disciplinares dedicadas al estudio de los fenómenos sociales. Además, a la sociología y a la antropología les ha cabido la labor más profunda de investigación sobre la dimensión *comunicacional* de la experiencia social, quizá porque son comunidades disciplinares dotadas de una cultura teórica mucho más consistente que la que, por lo general, encontramos entre los historiadores. Como ya hemos indicado, la historiografía ha llegado casi siempre tarde a estas nuevas áreas temáticas, pero no por ello ha dejado de asumirlas, aunque haya sido de una manera muy peculiar. Es en lo relativo a los procesos de construcción y atribución de significados donde algunos historiadores intentaron hacer suyos problemas, temas, teorías y métodos de disciplinas cercanas, algunas veces íntegramente, en otros casos sólo de forma parcial, acompañando (rara vez como protagonistas) lo esencial del debate y de la renovación temática que aún hoy se está produciendo en el seno de las ciencias sociales, y, hay que decirlo, sacando un gran partido. En ese ámbito, también para los historiadores, la dimensión *comunicacional* de la experiencia social se ha convertido en cuestión «del orden del día», como a continuación tendremos ocasión de comprobar.

Así, los artículos de carácter reflexivo a los que antes aludíamos presentan, casi siempre, un apartado dedicado a explicar cómo dicha pro-

⁷ Cfr. Donald Kelley, «Horizons of intellectual history: retrospect, circumspect, prospect», *Journal of the History of Ideas* (Lancaster, Penn.-Nueva York), XLVIII, 1 (1987), pp. 143-169.

blemática comunicacional se hizo sentir entre los historiadores, insistiendo, desde el primer momento, en el dominio de los textos que los propios historiadores producen en el curso de su labor, ya que también ellos, al usar el lenguaje como herramienta significativa, participan de las virtualidades, de las condiciones y de los límites inherentes a todo sistema lingüístico: mediante el uso de palabras y de imágenes (y de todos sus recursos y artificios), los historiadores atribuyen significados y transmiten esos mismos significados a una determinada comunidad interpretativa.

En el marco de esa reflexión, se ha asumido, por ejemplo, que las estructuras narrativas y la retórica contribuyan en gran medida a la construcción del significado que los historiadores, a través de sus textos, intentan transmitir; también en ese mismo marco, los historiadores aprendieron a deconstruir las estrategias figurativas inherentes a las técnicas de exposición que suelen figurar en los textos historiográficos⁸; y, asimismo, ha sido en dicho marco donde tomaron conciencia de la especificidad de las técnicas de validación del discurso historiográfico. La lección de Michel Foucault vino a recordar, en el fondo, que todo *saber* posee un *estilo* y un *orden* determinados, es decir, técnicas de descripción específicas, códigos de percepción propios, reglas formales y semánticas rigurosas, instancias de validación particulares y un determinado espectro de tipos de inferencia a la que suele recurrir⁹.

En este ámbito, el discurso historiográfico no es una excepción, bien al contrario, pues se halla asentado sobre todos los elementos que acabamos de enumerar —constituyen parte integrante y fundamental de su aparato retórico, son factores de su cohesión, toman parte en la configuración de su objeto de estudio e integran los procesos de autorreproducción de ese mismo discurso historiográfico. En el fondo, como ha destacado Antonio Serrano, uno de los mayores llamamientos de la propuesta fascinante de Foucault se dirige, justamente, al investigador: éste debe observar, tan atentamente como le sea posible, las condiciones en que funciona *su mirar*, el mirar *local* que lanza sobre su objeto de estudio, un examen que el investigador debe llevar a cabo antes incluso de dar comienzo a su indagación¹⁰. En otras palabras, al investigador le cabe observar tanto el modo en que él mismo observa como el modo en que describe su objeto

⁸ Cfr. Hans-Robert Jauss, «Expérience historique et fiction», en Gilbert Gadoffre (dir.), *Certitudes et incertitudes de l'Histoire*, París, P.U.F., 1987, pp. 17-132.

⁹ Véase, además de las obras «mayores» de Michel Foucault, el sugestivo ensayo «Réponse au Cercle d'épistémologie», *Cahiers pour l'Analyse* (París), 9 (verano 1968), p. 9-40.

¹⁰ Antonio Serrano, «La rata en el laberinto o la Historia como observatorio jurídico», *Anuario de Historia del Derecho Español* (Madrid), LXII (1992), pp. 675-713.

de investigación, y de ahí sacar las pertinentes conclusiones para su práctica de investigación.

También en el marco de este «descubrimiento» de las técnicas y de los protocolos de la representación historiográfica, recientemente han sido explorados algunos caminos que hasta hace pocos años eran menos frecuentados por los historiadores. Han tenido lugar, por ejemplo, las primeras experiencias de acercamiento al registro y técnicas de representación mucho más afines de los textos narrativos de la ficción —en especial en el dominio de la «microhistoria» y también de la biografía, un «género» que, en los últimos años, ha vuelto a ganar terreno en el campo historiográfico¹¹—. Tal aproximación le ha permitido a la historiografía lograr una cierta «liberación» respecto a los estrechos límites formales impuestos por las convenciones textuales del positivismo ochocentista. Y, como ha subrayado Giovanni Levi, uno de los aspectos más estimulantes de los textos historiográficos que se inscriben en la llamada «microhistoria» consiste, justamente, en la ruptura que han supuesto respecto a la forma afirmativa y autoritaria que, en general, caracteriza el discurso historiográfico más tradicional¹². En el momento de presentación de los resultados de su investigación, lejos de disimular las lagunas documentales que han encontrado o de ocultar las técnicas de representación inherentes o que procuran transmitir, los historiadores que optan por la escala «micro» y que practican este *estilo* de análisis y de escritura historiográficos tienden a exponer abiertamente las dificultades heurísticas y hermenéuticas con las que se han enfrentado a lo largo de su investigación, informando al lector, a cada momento, de los pasos dados para resolverlas¹³. Y en vez de ignorar las zonas menos lineales de los procesos sociales, sitúan en el centro de análisis justamente esos procesos, dejando bien patente toda su complejidad y densidad. «¿Por qué hacer las cosas simples, cuando las podemos presentar de forma compleja?», pregunta enfáticamente Jacques Revel¹⁴.

¹¹ Sobre este «regreso» de la biografía, cfr. Giovanni Levi, «Les usages de la biographie», *Annales ESC* (París), 6 (1989), pp. 1325-1335. Acerca de la «microhistoria» como lugar de debate teórico y de experimentación, *vid.*, también de Giovanni Levi, «On Microhistory», en Peter Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing*, Cambridge, Polity Press, 1991, pp. 93-113. Hay que consultar, además, de Jacques Revel, «L'histoire au ras du sol», en G. Levi, *Le Pouvoir au Village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont du xvii^e siècle*, París, Gallimard, 1985, pp. I-XXXIII.

¹² Cfr. Levi, art. cit. (1991), p. 106.

¹³ Como ha observado J. Revel, verdaderamente se trata de un estilo, pues la «microhistoria» ha desarrollado sus propias formas argumentativas y sus propios modos de enunciación, maneras de citar, juegos de metáforas y, en general, su propio modo de escribir historia (Revel, art. cit., 1985, p. XVIII).

¹⁴ Citado por Levi, art. cit. (1991), p. 112.

No se puede negar que, hoy, los historiadores parecen mucho mejor dispuestos a emprender experiencias de contextualización a distintas escalas, y ése, antes que otra innovadora contribución teórica, puede haber sido el principal legado de la llamada «microhistoria»¹⁵. En lo referente a la dimensión comunicacional de la sociedad, hay que reconocer que este aspecto ha sido prioritario tanto para el análisis «micro» como para casi todos los historiadores dedicados al *análisis cultural*, los cuales, una vez más, le deben mucho al modo en que la sociología y la antropología lo venían practicando en las últimas décadas. De hecho, al tomar la *cultura* como objeto y lugar de observación de los procesos sociales, han dado preferencia al vasto conjunto de significados socialmente contruidos, atribuidos e intercambiados por los actores, mediante representaciones, categorías, clasificaciones, etc. Tal opción implica concebir la sociedad como un espacio donde los individuos están suspensos en una red de significados, actuando e interactuando por medio de representaciones, visiones del mundo, percepciones y alegorías de los actos, en lo que, en su conjunto, acaba por formar un lenguaje que se materializa en signos portadores de significado(s)¹⁶. Estos signos, por su parte, asumen una dimensión concreta en gestos, conductas, posturas, imágenes de todo tipo o también en palabras dichas oralmente o enunciadas en textos escritos, un conjunto complejo que el investigador ha de descodificar.

Es en este vasto patrimonio signifiante donde los historiadores de la cultura se han adentrado recientemente, en la estela de los trabajos pioneros llevados a cabo por sus colegas sociólogos y antropólogos, y de tal exploración, que se remonta a hace dos décadas, han resultado algunas áreas temáticas innovadoras y fructíferas. Uno de los ejemplos más claros es la línea de estudios sobre lectura y escritura en la sociedad medieval y moderna, temática «relanzada» a finales de la década de 1970, pero que todavía hoy ocupa un lugar central dentro de las preocupaciones de una buena parte de la comunidad historiográfica dedicada al análisis cultural¹⁷. Una vez más, se trata de un objeto de estudio íntimamente rela-

¹⁵ Cfr. Jacques Revel (dir.), *Jeux d'échelles. La Micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard/Le Seuil, 1996.

¹⁶ Como indicó C. Geertz, semejante concepción no se aleja mucho de las propuestas de Max Weber, quien también se enfrentaba al análisis cultural, esencialmente, como búsqueda interpretativa de los significados contruidos socialmente (cfr. C. Geertz, «Thick Description: toward an Interpretative theory of Culture», en *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973, pp. 3-30).

¹⁷ Una buena prueba de esto es la reciente publicación del volumen titulado *Histoires du Livre. Nouvelles Orientations*, dir. por Hans Erich Bödeker (París, IMEC Éditions, 1995). El libro de F. Bouza Álvarez, *Del Escribano a la Biblioteca. La civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos xv-xvii)*, Madrid, Síntesis, 1992, proporciona un excelente panorama de las posibilidades interpretativas proporcionadas por el área de

cionado con esa dimensión *comunicacional* de la vivencia en sociedad que desde el comienzo hemos venido destacando.

La llamada «historia del libro y de la lectura» se ha revelado un terreno seductor. Para los historiadores que se dedican a estudiar cómo circulaban los libros y cómo eran leídos en la Europa de comienzos de la época moderna es, por ejemplo, obligado reflexionar sobre cómo los lectores atribuían significados a los textos que leían. En este ámbito, las enseñanzas de la llamada *Rezeptionsästhetik* —desarrollada, ante todo, en el área de la teoría literaria— han inspirado ampliamente a los historiadores, para quienes el acto de lectura ha pasado a ser entendido como un complejo momento de comunicación, en el curso del cual diversos factores actúan en procesos de emisión, de intercambio y de recepción de signos. En lo relativo al lugar de encuentro entre las intenciones del autor, del editor y de los lectores¹⁸, la lectura tiene también en el lenguaje una instancia que juega un papel activo en el modo en que los significados son contruidos y atribuidos.

En cuanto al conjunto de signos tomados en consideración, también se ha producido una ampliación considerable: lejos de restringir su interpretación a los signos verbales que integran los textos, los historiadores se dedican cada vez más a otros niveles de significación que hasta hace bien poco habían sido más o menos desatendidos, como, por ejemplo, la componente gráfica o material de los libros, que empieza a ser considerada un conjunto significante dotado de un vasto, a veces inesperado, potencial expresivo¹⁹. Potencial que se incrementa por la interacción entre texto e imagen, tan frecuente en muchos de los objetos estudiados por los historiadores²⁰.

estudios sobre la escritura, el libro y la lectura en la Europa de la época moderna; A. Petrucci, *La descrizione del manoscritto. Storia, problemi, modello*, Roma, Nuova Italia Scientifica, 1984; Roger Chartier, *L'ordre des livres: lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre XIV^e et XVII^e siècle*, Aix-en-Provence, Alinea, 1992.

¹⁸ Cfr. Christian Jouhaud, «Littérature et Histoire. Présentation», *Annales. HSS* (París) (marzo-abril 1994), 2, p. 273.

¹⁹ En este área se suele destacar a Donald F. McKenzie y su *Bibliography and the sociology of texts*, Londres, The British Library, The Panizzi Lectures, 1985; pero no hay que olvidar otras contribuciones igualmente pertinentes: véase, por ejemplo, el sugestivo estudio de Louis Marin, «Une lisière de la lecture», en *Lectures traversières*, París, Albin Michel, 1992, pp. 17-25, dedicado a los efectos de significación generados por la portada del libro de C. Perrault, *Histoires, ou Contes du temps passé* (París, 1697).

²⁰ Entre los muchos ejemplos recientes, cfr. F. Checa Cremades, *Tiziano y la Monarquía Hispánica. Usos y funciones de la pintura veneciana en España (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Nerea, 1994, y el sugestivo trabajo de Claire Richter Sherman sobre lo que esta historiadora considera verdadero «glosario de imágenes» que representaban, textual pero, ante todo, gráficamente, los diversos aspectos de la obra de Aristóteles: *Imaging Aristotle. Verbal and Visual Representation in Fourteenth-Century France*, Berkeley-Los Angeles,

Al insistir en el papel jugado tanto por los lectores como por las diversas mediaciones que actúan en el momento de la lectura, se ha puesto en duda seriamente la idea de que la obra de arte constituye una expresión lineal y «transparente» del estado espiritual del creador o una expresión literal y pura de sus intenciones. Además de las distintas mediaciones inherentes al proceso de creación, transmisión y recepción que acabamos de mencionar, hay otros aspectos que hacen mucho más compleja la relación entre la obra y el artista, y en este apartado las propuestas más interesantes de los últimos años corresponden a Pierre Bourdieu y a su aplicación de la *teoría de los campos* al área de la producción cultural. De hecho, los recientes estudios de Bourdieu sobre el campo de las artes destacan el papel decisivo que juegan tanto las condiciones impuestas por la estructura interna del campo de las artes, como las influencias ejercidas por los demás campos que, en su conjunto, constituyen la sociedad²¹.

Es interesante observar que la historiografía ha integrado rápidamente los conceptos y las preguntas de Bourdieu²², surgiendo, en los últimos años, una serie de estudios donde se observa la huella de sus propuestas. Tales estudios han versado sobre algunos de estos tópicos: poder simbólico, autonomía del campo literario, posición de los agentes dentro del campo, capital detentado por cada uno de los agentes, estrategias de afirmación de éstos, conflictos de clasificación—génesis y vulgarización de denominaciones o de expresiones como «escritor», «hombre de letras», «obra de arte», «artista»²³, etc.—, procesos de consagración y de canonización dentro del campo, aparición de un cuerpo de intérpretes profesionales, y categorías sociales de apreciación y de atribución de valor a la obra. Junto a la atención prestada a estas cuestiones, han ido estudiándose más las condiciones socialmente determinadas de funcionamiento del campo de las artes, analizándose, ante todo, quiénes conciben la idea de obra, quiénes la ejecutan, quiénes suministran el equipamiento mate-

University of California Press, 1995; existen, incluso, revistas especializadas en esta temática, como es el caso de *Visible Language* o de *Word & Image*; sobre este mismo tema, véanse, además, las obras reseñadas en la nota 34.

²¹ Cfr. Pierre Bourdieu, *Les règles de l'art: genèse et structure du champ littéraire*, París, Éditions du Seuil, 1992.

²² Eterno barómetro del estado de la historiografía internacional, la revista *Annales HSS* ha dedicado recientemente un número a la teoría del campo literario y a la pertinencia de su aplicación en el análisis historiográfico: cfr. Christian Jouhaud, «Littérature et Histoire. Présentation», *Annales HSS* (París [marzo-abril 1994], 2, pp. 271-276); véase, asimismo, de Alain Viala, *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique*, París, Les Éditions de Minuit, 1985.

²³ Estas alteraciones en el léxico del mundo artístico han sido consideradas indicios de cambios en lo referente al estatuto y al reconocimiento social disfrutados por los agentes que son así designados —cfr. A. Bermingham y J. Brewer (eds.), *The Consumption of Culture, 1600-1800. Image, Object, Text*, Nueva York, Routledge, 1995.

rial indispensable y quiénes constituyen el público de una determinada obra²⁴.

Hay que decir que, en conjunto, estas propuestas de investigación han obtenido resultados bastante sugestivos, pese a que, al mismo tiempo, han contribuido a un cambio algo drástico en el modo de concebir los estudios literarios. Se ha reconsiderado el papel jugado por el creador individual, y Robert Darnton subraya que hasta el mismo concepto de literatura ha cambiado: antes teníamos una sucesión de grandes libros y una galería de grandes creadores; hoy, la literatura ni siquiera constituye ya un *corpus* de textos, sino más bien una actividad fuertemente determinada por condiciones sociales²⁵.

Como sería de esperar, otra de las áreas donde se ha hecho sentir el efecto de este conjunto de problemas es la llamada «historia de las ideas». Conocedores de todas las problemáticas que acabamos de mencionar, para los historiadores ya no es apropiado el estilo más convencional de reconstrucción de las ideas y de las construcciones intelectuales producidas por individuos del pasado. En contrapartida, se ha afianzado un modo mucho más problematizador de concebir las cuestiones a las que suelen dedicarse los «historiadores de las ideas». Así, a la busca casi obsesiva de doctrinas claramente enunciadas le ha seguido el interés por sistemas de ideas fluidos y mal configurados; el hábito de reconstrucción lineal del proceso de gestación de una idea dio paso a una predilección por descubrir las ambigüedades, las inercias, las fuerzas inconscientes o el papel jugado por el azar; la búsqueda de las nuevas palabras y de las nuevas maneras de decir las cosas fue sustituida por el interés por las menos visibles operaciones de adaptar y acondicionar viejas fórmulas²⁶; a una pesquisa que se basaba en la creencia de que los signos poseían signifi-

²⁴ Cfr. Helene Merlin, *Public et littérature en France au XVII^e siècle*, París, Les Belles Lettres, 1994; cuestiones que también se han revelado pertinentes para el área de historia del arte, como demuestra el estudio de Nathalie Heinich, *Du Peintre à l'Artiste. Artisans et Académiciens à l'Âge Classique*, París, Minuit, 1993.

²⁵ Cfr. Robert Darnton, «How to Read a Book», *The New York Review of Books*, XLIII, 10 (6 junio 1996), p. 52. Se trata de un proceso que ya había presentado Louis A. Montrose (en «Professing the Renaissance: the Poetics and Politics of Culture», en A. E. Surtz, ed.), *The New Historicism*, Nueva York-Londres, Routledge, 1989, p. 18), pero que no ha dejado de proporcionar estudios muy pertinentes, como por ejemplo el de Karen Hollis sobre los esfuerzos de Teresa de Ávila por conquistar una voz en el espacio literario de su tiempo: «Teresa de Jesús and the relations of writing», en Peter Evans (ed.), *Conflicts of discourse. Spanish Literature in the Golden Age*, Manchester & Nueva York, Manchester University Press, 1990, pp. 26-47; acerca del mismo tema, vid. R. E. Surtz, *Writing women in Late Medieval and Early Modern Spain. The Mothers of Saint Teresa of Avila*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1995.

²⁶ Cfr. Antonio Serrano, *Como lobo entre ovejas. Soberanos y marginados en Bodin, Shakespeare, Vives*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992, p. 72.

cados estables y fijos le siguió un estilo de análisis que se deleita en detectar las polisemias y las ambigüedades producidas por las interpretaciones discrepantes; en suma, a una concepción simplista del lenguaje, considerado como reflejo de creencias e ideologías, le ha seguido un mirar que toma los sistemas lingüísticos en toda su complejidad, explorando las dimensiones implícitas del lenguaje e interesándose por alusiones y referencias oblicuas, e incluso por el papel del texto implícito²⁷, de las expectativas, de las convenciones y de los protocolos de comunicación²⁸. A algunos de estos tópicos les vamos a dedicar las próximas líneas.

ACTOS DE LENGUAJE Y COMPONENTE EXPRESIVA

Se remonta a finales de los años sesenta y a la década de 1970 el inicio de la reflexión más sistemática sobre la problemática de los «actos de lenguaje», impulsada, claro está, por la resonancia de los trabajos de John L. Austin y de John Searle. Como se sabe, se trata de una discusión que, en un principio, se limitaba a algunos sectores de la teoría de la literatura —ante todo, el campo de la filosofía del lenguaje—, pero poco a poco algunas de sus propuestas y problemas fueron asumidos por la comunidad de los historiadores, siguiendo el patrón ya descrito.

En lo esencial, el trabajo historiográfico sacó provecho de la constatación, sistematizada por Austin, de que, en los signos y en los enunciados, existen «fuerzas significantes» que son independientes de los significados que esos signos denotan en principio. Tales «fuerzas» pertenecen a niveles implícitos de las situaciones de comunicación, pero aun así se encuentran permanentemente presentes, actuando mediante el conocimiento que las partes implicadas en una determinada situación poseen de las convenciones sociales y lingüísticas activadas en esos momentos. Son justamente esas convenciones las que dictan qué es y qué no es comprensible, así como qué se puede hacer con los signos, tanto verbales como pictóricos. Para la labor historiográfica el resultado más sobresaliente de esta reflexión fue llamar la atención sobre el componente expresivo de los

²⁷ Cfr. António M. Hespanha, «Una Historia de Textos», en F. Tomás y Valiente *et al.*, *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 194 ss.

²⁸ Para una apreciación crítica sobre el alcance de este conjunto de cuestiones, cfr. Quentin Skinner, «Meaning and understanding in the History of Ideas», *History and Theory* (Middletown, Conn.), VIII, 1 (1969), pp. 3-53. Un buen ejemplo de las virtualidades de este abanico de problemas es el estudio de L. Jardine y A. Grafton acerca de Gabriel Harvey, un lector «profesional» de las *Décadas* de Tito Livio en la Inglaterra a caballo entre los siglos XVI y XVII («“Studied for Action”: How Gabriel Harvey read his Livy», *Past & Present* (Oxford), 129 (noviembre 1990), pp. 30-78).

actos lingüísticos, los cuales movilizan y comprenden muchos y complejos medios no-verbales de comunicación²⁹. Dígase, además, que por estos medios implícitos, por esa fuerza *ilocucionaria* pasa una parte muy sustancial de la comunicación que los actores establecen entre sí, y a la cual, hasta hace muy poco tiempo, los historiadores le prestaban muy poca o ninguna atención³⁰.

Al mismo tiempo, otro fruto extraordinariamente feliz de esta línea de discusión ha sido la investigación sobre otra dimensión de esa «fuerza» inherente a los actos de lenguaje: su potencial *perlocucionario*, *i.e.*, su capacidad para provocar efectos a través de los signos, ejerciendo su poder transformador sobre el destinatario mediante la enunciación de un mensaje. Obsérvese que cuando hasta ahora hablábamos de *comunicación*, e incluso de *lenguaje*, no reducíamos su ámbito a la dimensión verbal. Por contra, las palabras son uno entre los otros muchos códigos lingüísticos a los que esto se aplica con toda pertinencia, como por ejemplo el lenguaje pictórico, el léxico del comportamiento (gestos, mímica facial, postura del cuerpo, etc.), el lenguaje musical, entre otras. Es en estos campos donde, justamente, ha empezado a concentrarse la atención de los historiadores más decididos a incorporar este espectro temático en la agenda del análisis historiográfico³¹.

Uno de los ejemplos más logrados es la obra de Stephen Greenblatt, quien, al estudiar el teatro de fines del xvi, optó por colocar en el primer plano de su investigación esa «invisible» capacidad servida por signos verbales, auditivos o visuales, un poder para producir, dar forma y organizar experiencias colectivas de carácter físico y mental. A Greenblatt le

²⁹ Como ha observado Quentin Skinner en «Conventions and the understanding of Speech Acts», en P. King (ed.), *The history of ideas. An introduction to method*, Londres, Croom Helm, 1983, pp. 259-284.

³⁰ Una de las excepciones es Walter J. Ong, autor de una fascinante obra llena de facetas. Acerca de este asunto, Ong escribió bastantes páginas, pero merece especial referencia el artículo «The Writer's Audience is always a Fiction», *Publications of the Modern Language Review* (Baltimore), 90 (1975), pp. 9-21.

³¹ En el campo de la historiografía del arte, una de las obras que, en su conjunto, denota más paradigmáticamente esta preocupación es la de Louis Marin —véase, por ejemplo, la reciente antología de ensayos de Marin en *De la Représentation*, París, Gallimard/Le Seuil, 1994; véase, también, de G. Didi-Huberman, *Devant l'Image. Question Posée aux fins d'une histoire de l'Art*, París, Éditions de Minuit, 1990, pp. 28 ss.; y, asimismo, de David Freedberg, *The Power of Images. Studies in the History and Theory of Response*, Chicago, Chicago University Press, 1989. En cuanto al lenguaje del cuerpo, algunos de los mejores trabajos son de Dilwyn Knox, por ejemplo: «Late medieval and renaissance ideas on gesture» en V. Kapp (dir.), *Die Sprache der Zeichen und Bilder. Rhetorik und nonverbale Kommunikation in der frühen Neuzeit [El lenguaje de los signos y de las imágenes. Retórica y comunicación no verbal a comienzos de la época moderna]*, Marburg, Hitzeroth, 1990, pp. 11-39.

impresionó, ante todo, la sorprendente capacidad del aparato dramático quinientista para generar reacciones tan diversas como placer, interés, inquietud, dolor, miedo, piedad, risa, tensión, alivio, sorpresa, etc.³² Al buscar la «energía» contenida en los signos —ese «contagio emocional», por usar la expresión de Ernst Gombrich—³³, Greenblatt llamó también la atención sobre el hecho de que tales recursos eran activados con la finalidad de *conducir el comportamiento* de aquellos a quienes se destinaban, modelando la experiencia y provocando un efecto en las personas para, de ese modo, transformarlas.

Una vez más, además de volver a encontrarnos aquí un aspecto que nos ha acompañado desde el comienzo del texto —la dimensión *comunicacional*—, es evidente que tras este interés por la dimensión implícita de los actos de lenguaje se halla también una dimensión realizativa, una concepción del lenguaje como medio de acción, una forma de actuar sobre los otros. Es esto lo que explica el interés de los historiadores por esos «encantamientos» colectivos provocados por metáforas o alegorías exhibidas en ceremonias, danzas o representaciones teatrales a través de emblemas e imágenes de todo tipo, ropajes, etc., recientemente estudiados en innumerables trabajos historiográficos³⁴. Como sería de esperar, una parte de esos trabajos hizo suyas muchas de las cuestiones que, desde hace por lo menos medio siglo, ha formulado la antropología en el ámbito de sus investigaciones sobre rituales y ceremonias, con especial relevancia de los siguientes tópicos: en primer lugar, la *realización efectiva* y su función *perlocucionaria*; después el carácter casi litúrgico de los actos ceremoniales; asimismo, la recurrencia y repetición como formas de reafirmar los valores fundamentales de la comunidad y de reproducir el orden social; por último, la repetición como signo de verdad, y la solemnidad como instrumento generador de consenso³⁵.

³² Cfr. Stephen Greenblatt, *Shakespearean Negotiations. The Circulation of Social Energy in Renaissance England*, Oxford, Clarendon Press, 1988.

³³ E. H. Gombrich, «Expression and communication», en *Meditations on a Hobby Horse and other essays on the theory of art*, Londres & Nueva York, Phaidon, 1971 (1963), pp. 56-69.

³⁴ Cfr. algunos buenos ejemplos: Fernando Bouza Álvarez, «Retórica da Imagem Real. Portugal e a memória figurada de Filipe II», *Penélope. Fazer e desfazer a história*, 4 (1989), pp. 20-58; Erica Veevers, *Images of Love and Religion. Queen Henrietta Maria and Court Entertainments*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; Charles Dempsey, *The Portrayal of Love. Boticeilli's Primavera and Humanist Culture at the time of Lorenzo the Magnificent*, Princeton, Princeton University Press, 1992, y, de Roger Chartier, «George Dandin ou le social en Représentation», *Annales HSS* (Paris) (marzo-abril 1994), 2, pp. 277-309.

³⁵ Pierre Bourdieu, «Les rites comme actes d'institution», *Actes de la recherche en sciences sociales*, París, 43 (1982), pp. 58-63. Clifford Geertz, *Negara. The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*, Princeton, 1980.

Como ya indicamos, los promotores de esas situaciones de fuerte significado ritual tenían conciencia más o menos clara del potencial *perlocucionario*, transformador, que poseían ciertos signos y, por ello, sabían que exponer determinadas imágenes, evocar ciertas historias o hacer sonar una música particular iba a ejercer un determinado efecto en el auditorio, influyéndolo. Es como si esas imágenes, evocadas o expuestas, tuviesen el poder de despertar otras imágenes que les estaban asociadas, desencadenando un movimiento que activaba verdaderas constelaciones de significados, que resonaban intensamente en el curso de una ceremonia³⁶. No es de extrañar, por tanto, que esta problemática haya atraído rápidamente la atención de los historiadores dedicados a estudiar las técnicas de ejercicio del poder. De hecho, la historia política ha acogido con entusiasmo estos problemas, teniéndolas como una más de las tecnologías de dominio y de creación de consenso: a través de la movilización de esa fuerza expresiva servida por los signos, se hacía posible divulgar e imponer un conjunto de normas, y, así, conducir la conducta de los otros sin recurrir a la fuerza. En otras palabras, se trata de una forma de ejercer el poder por medio de la persuasión y de la seducción, sin que se sienta, si quiera, el carácter opresivo de la fuerza —técnica habitual, por otra parte, en la sociedad europea de la época moderna—³⁷.

Es interesante observar que, al estudio de los rituales, los historiadores han asociado con frecuencia algunos de los problemas ligados a dos «zonas de discusión» que ya han sido citadas: por un lado, la «teoría de la recepción», y por otro, el estilo de investigación practicado en el ámbito de la «microhistoria». Como vimos, este último campo, al invitar a la reducción de la escala de análisis y a la adopción de un mirar «micro», hizo posible una descripción más detallada y minuciosa de los procesos sociales de comunicación, o sea, de producción, de intercambio y de recepción de información. En el cuadro de la historia política, además de permitir el seguimiento del cambio social en toda su complejidad, la adopción de un punto de vista «micro» también permite al historiador captar el modo en que se producía, sobre el terreno, la divulgación y la recepción de programas normativos. Permite comprender, ante todo, que

³⁶ James W. Fernandez, «The performance of ritual metaphors», en J. D. Sapir y J. C. Crocker (eds.), *The social use of metaphor: essays on the anthropology of rhetoric*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1977, pp. 104 ss.

³⁷ Sergio Bertelli, *Il Corpo del Re. Sacralità del potere nell'Europa medievale e moderna*, Firenze, Ponte Alle Grazie, 1990; Manfred Tietz, «Nicht-verbale Überzeugungssstrategien bei François de Sales» [«Estrategias no verbales de persuasión en la obra de Francisco de Sales»], en V. Kapp (ed.), *Die Sprache der Zeichen und Bilder. Rhetorik und nonverbale Kommunikation in der frühen Neuzeit*, Marburg, Hitzeroth, 1990, pp. 90-101; Gérard Sabatier, «Les Rois de Représentation, image et pouvoir (xvi^e-xvii^e siècle)», *Revue de Synthèse* (París), IV^e, 3-4 (julio-diciembre, 1991), pp. 387-422.

de parte de los receptores siempre quedaba una reserva, en muchos casos bastante significativa, de libertad y de posible actuación creativa, incluso si se trataba de grupos sociales subalternos³⁸.

Tal potencial creativo y libre puede manifestarse en la persona de un lector de un libro, que creativamente atribuye significados originales a los signos contenidos en el texto, en lo que la historiografía anglosajona denomina *reader response*³⁹; pero puede también manifestarse en las diversas (y opuestas) reacciones de un conjunto de individuos presentes en una ceremonia regia, en la cual se presenta un programa artístico apologético de la Monarquía; puede, incluso, emerger en los múltiples tipos de respuesta de las poblaciones a las órdenes enviadas por el poder central. En cualquiera de los ejemplos que acaban de enunciarse, además de la relación de comunicación que, una vez más, se encuentra presente, no hay duda de que lo que está en juego es, ante todo, una cuestión de poder.

Las maniobras llevadas a cabo por el «receptor», como respuesta a los estímulos que se le envían, son un terreno excelente para que el historiador capte y diagnostique las contradicciones y las limitaciones que son propias de todo sistema normativo. Más que un mecanismo implacable y de impacto uniforme, tales sistemas normativos eran, en la mayor parte de los casos, más abiertos y fluidos de lo que muchas veces se ha pensado, y tal hecho tiene que ver con que siempre haya espacio para lo que Michel de Certeau califica de «política de las periferias»⁴⁰, que se desarrolla en los intersticios y en las ambigüedades abiertos por los aparatos de dominación y de control⁴¹. «La oposición política es mucho más compleja de lo que se ha creído», recuerda J.-F. Schaub a propósito de la política en el Antiguo Régimen⁴². En esa época, las formas de oposición y de resistencia estaban mucho más diversificadas de lo que se suele suponer: el dominado nunca decía todo al dominador, y no se comportaba siempre de la manera que el dominador pretendía.

³⁸ Cfr. Michel de Certeau, *L'invention du Quotidien*. I, *Arts de faire*, París, Gallimard, 1980.

³⁹ En el fondo, estudiar esta *reader response* es emprender una especie de fenomenología de la lectura; para Michel de Certeau la lectura constituye una actividad que presenta todos los rasgos de una producción silenciosa: es un derivar a lo largo de las páginas, durante el cual el «ojo viajero» opera una metamorfosis del texto, una operación hecha con mucho de improvisación y de expectativas de significaciones inducidas por algunas palabras; Cfr. Certeau, *op. cit.* (1980), pp. 246 ss.

⁴⁰ Michel de Certeau, *op. cit.* (1980).

⁴¹ Cfr. J. Revel, *op. cit.* (1985), p. XXIV.

⁴² Cfr. J.-F. Schaub, «La crise hispanique de 1640. Le modèle des "révolutions périphériques" en question (note critique)», *Annales HSS* (París) (enero-febrero 1994), I, pp. 221 ss.; véase, asimismo, acerca del léxico de la resistencia en el mundo campesino, el estudio de David Sabeau, *Power in the Blood: Popular Culture and Village Discourse in Early Modern Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

Como tal, la relación entre centro y periferia no siempre es reducible al binomio dominador-dominado, incluso porque los sistemas normativos raramente actúan aisladamente en el terreno; la situación más común, por el contrario, es la simultaneidad de estrategias múltiples lanzadas por diversas instancias de poder, no pocas veces divergentes y sólo rara vez aliadas. Además del centro de poder y de las normas que emite, hay que contar con todo un vasto mundo de obstáculos, que asumen la forma de poderes intermedios, de inercias regionales, de resistencias corporativas o incluso de formas organizadas de existencia social al margen del mundo oficial⁴³. Pero una cosa parece cierta: las relaciones de poder se ejercen a través de la producción e intercambio de signos, y esto explica la fuerte vinculación entre estudios sobre el ejercicio del poder e investigaciones que entienden la sociedad como un conjunto hecho de partes en permanente comunicación entre sí.

HECHOS DISCURSIVOS Y ANÁLISIS HISTORIOGRÁFICO

Michel Foucault, al ocuparse de los hechos discursivos, también dedicó una gran atención a la problemática del lenguaje y, como se sabe, lo consideró una construcción social que impone un cierto estilo y un cierto control sobre el modo de razonar y de pensar las cosas. Al mismo tiempo, para el autor de *Les mots et les choses* el lenguaje es también responsable de determinados tipos de *efectos*, no sólo en la esfera del discurso, sino también en un plano extradiscursivo, y por ello, quizá más que cualquier otro estudioso, se interesó profundamente por la articulación entre el lenguaje y las relaciones de poder. Pero antes de examinar las implicaciones de esta cuestión en lo relativo a la historia política, veamos cómo Foucault puso en causa algunas de las más enraizadas rutinas explicativas de la historiografía.

La prioridad concedida al estudio de los hechos discursivos tuvo una fuerte repercusión en diversas esferas del trabajo interpretativo. Como es sobradamente conocido, Foucault se preocupó, ante todo, por tomar los enunciados en el momento en que surgían, en que irrumpían, para después intentar comprender las condiciones en que tal irrupción se producía, el modo con que ese discurso iba existiendo y las correlaciones que establecía con otros enunciados coexistentes⁴⁴. En cuanto a la existencia de un determinado discurso, se interesó también por las condiciones ma-

⁴³ Cfr. Serrano, *op. cit.* (1982), p. 209.

⁴⁴ A. Serrano González, «Michel Foucault: El derecho y los juegos de verdad», *Anuario de Filosofía del Derecho* (Madrid), 1 (1984), pp. 334 ss.

teriales de registro de ese discurso y por sus consecuencias en el plano extradiscursivo.

Hay que subrayar que este conjunto de opciones rompió con un estilo más convencional de abordar el objeto de estudio, fuese un sistema de ideas o un aparato represivo, situado tanto en el presente como en el pasado. Una vez concedida la prioridad a los discursos, la *discontinuidad* se convirtió en el centro de atención, haciendo dudar de nociones que hasta entonces disfrutaban de una presencia profundamente enraizada entre las rutinas explicativas de las ciencias sociales: sacudió, en primer lugar, la noción de *tradición*, y al conjunto de fenómenos constantes que esta noción suponía Foucault sobrepuso la no-linearidad y la no-evolución. Por otro lado, desestabilizó fuertemente el concepto de *influencia*, demostrando que no explicaba suficientemente los fenómenos de transmisión y comunicación, y en esas condiciones su potencial explicativo terminaba por ser bastante débil. Incluso la noción de *desarrollo* fue seriamente sacudida, atacando esa práctica tan habitual, entre los historiadores, de considerar y describir una sucesión de hechos como si fuese la manifestación de un único principio organizador; Foucault demostró que tal hábito suponía un mirar teleológico y evolutivo sobre procesos infinitamente más complejos y que estaban lejos de seguir un curso tan lineal. Por último, también resultó seriamente afectada la noción de *mentalidad*, tan frecuentemente utilizada por algunos investigadores para denotar cosas vagas como el «espíritu de una época», *i.e.*, la existencia de una pretendida comunidad de significado entre múltiples fenómenos que se producen simultánea o sucesivamente. La *discontinuidad*, una vez elevada al estatuto de protagonista en el ámbito del estudio de los hechos discursivos, afectó seriamente a todas estas concepciones⁴⁵.

El «efecto-Foucault» en el campo historiográfico fue extraordinariamente estimulante y enriquecedor, y puede decirse que todavía hoy se está produciendo la recepción y rentabilización de las propuestas del estudioso francés. Además de su impacto en la esfera de los instrumentos explicativos —el cual acabamos de enumerar en sus líneas sobresalientes— hay que destacar, además, que Foucault inspiró buena parte de los intentos de estimar si eran pertinentes o no los conceptos actualmente empleados. Esto se tradujo en un nítido esfuerzo de revisión de los principios de clasificación que se aplican a objetos de estudio situados en un lugar distante del investigador, distancia esa tanto en términos cronológicos como en términos espaciales.

Así, de la toma de conciencia de que buena parte del vocabulario conceptual que hoy utilizamos constituye un legado del siglo XIX, y de que

⁴⁵ Cfr. Foucault, art. cit. (1968), pp. 13 ss.

con mucha frecuencia ese vocabulario no es adecuado en términos operativos, se partió hacia una deliberada utilización de terminología «indígena» y coetánea⁴⁶. En el fondo, se trató de un intento de aproximación al modo en que pensaban y categorizaban aquellos a quienes el investigador dedica su trabajo⁴⁷. Pero tal incorporación del vocabulario coetáneo —por lo general tomado de los propios discursos que se sitúan entre el investigador y su objeto— no está desprovista de dificultades. Por un lado, esos vocablos, denominaciones y categorías reflejan conflictos de representaciones, denotan formas diversas y, no raras veces, conflictivas de mirar a determinados objetos, clasificarlos y distinguirlos. Como una y otra vez recuerda Pierre Bourdieu, tales palabras, eminentemente polisémicas, son lugar y objeto de luchas intensas, en las cuales están ocupadas partes de la sociedad que mantienen una relación de competencia, porque están implicadas en un verdadero juego de fuerzas. Son precisamente las palabras que designan las divisiones del mundo social las que acaban por ser objeto de los conflictos más intensos, luchas que oponen individuos, grupos o incluso el conjunto de la comunidad⁴⁸. Lo que importa tener en cuenta es, justamente, esa dimensión no-inocente, pero pese a todo pertinente, de los conceptos autóctonos.

Por otro lado, sabemos hoy que por mucho que se emprenda una aproximación a la terminología y al modo de pensar del otro, el trabajo del investigador sigue siendo muy semejante al de traductor, al de intérprete que se esfuerza, tanto como puede, por demostrar el sentido de las categorías y de las clasificaciones «extrañas», «exóticas» y propias de una racionalidad completamente distinta de la actual, pero siempre utilizando las maneras de hablar y las técnicas de inferencia propias de nuestro tiempo⁴⁹. Como tal, es inevitable un esfuerzo de articulación entre la taxonomía moderna y el sistema de clasificación «indígena»⁵⁰.

⁴⁶ Cfr. C. Condren, en *The Language of Politics in Seventeenth-Century England*, Nueva York, St. Martin's, 1994; véase, asimismo, entre los muchos ejemplos que se podrían citar, las consideraciones de Aurelio Musi en «La fedeltà al re nella prima età moderna (A proposito di un libro di Rosario Villari)», *Scienza & Politica* (Milan), 12 (1995), pp. 3-17, y la pesquisa de Antonio Feros sobre el vocabulario político de la España del siglo xvii, en «Twin souls: monarchs and favourites in early seventeenth-century Spain», en G. Parker y R. Kagan (eds.), *Spain, Europe and the Atlantic World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 27-47.

⁴⁷ Cfr. Pablo Fernández Albaladejo, «Prólogo», en *Fragmentos de Monarquía. Trabajos de historia política*. Madrid, Alianza Editorial, 1992, pp. 14 ss.

⁴⁸ Cfr. P. Bourdieu, art. cit. (1995), p. 116.

⁴⁹ Cfr. Geertz, *op. cit.* (1986), pp. 16 ss.

⁵⁰ Algo similar se hace en el interesante estudio de C. Buci-Glucksmann, *La folie du voir. De l'esthétique baroque*, París, Galilée, 1986, donde ensaya una interpretación del «mirar barroco» del siglo xvii.

La gran atención prestada a la semántica de las palabras y a su poder para elevar distinciones, clasificaciones y jerarquías, constituye, por tanto, otro aspecto fundamental de esta prioridad concedida al lenguaje, en el ámbito del sistema de Foucault. Como los historiadores trabajan esencialmente con testimonios del pasado que llegaron hasta ellos bajo la forma de registros de carácter lingüístico, las propuestas de Foucault no podían ser más oportunas. De hecho, obligaron a revisar nociones aparentemente tan neutras y seguras como *libro* y *obra*, categorías de unidad extremadamente problemática y que, lejos de constituir un dato inmediato, cierto y homogéneo, son, por el contrario, más una construcción conceptual llevada a cabo por el investigador en el curso de su labor interpretativa⁵¹.

También la noción de *género literario* ha acabado por ser cuestionada, sobre todo en lo que concierne a su aplicación en el análisis historiográfico. Se ha roto con una visión más tradicional que consideraba que en cada época los diversos géneros coexistían yuxtapuestos, unos al lado de los otros, y se sustituyó esta visión por una imagen bien distinta, en la que, en primer plano, se colocaron los cruces verticales y oblicuos entre los discursos⁵². Éstos, por su parte, más que susceptibles de ser agrupados en géneros, constituyen grupos, familias históricas de discursos, es decir, de modos idénticos de mirar un mismo objeto. Familias estas para las cuales, en la mayor parte de los casos, la taxonomía actual no es la adecuada, porque no se someten a la mayoría de las clasificaciones unívocas y lineales.

Veamos, a este propósito, un ejemplo concreto. Una categoría como «literatura política» es difícilmente aplicable al *corpus* literario producido durante la Edad Media o incluso en la Europa del Antiguo Régimen, una vez que, por lo menos en las regiones de la Europa católica, la «cosa política» no conocía un campo de producción discursiva y textual autónomo. En el cuadro de la sensibilidad coetánea, ante todo, hasta finales del siglo xvii nadie concebía reflexionar y escribir sobre materias que versaban sobre el gobierno de la sociedad sin hacer consideraciones acerca de la religión cristiana, la teología, el derecho o la ética. Y tal sucedía porque todos esos saberes formaban, desde hacía siglos, un conjunto con fundamentos epistemológicos comunes e inseparables⁵³. Sólo más tarde se

⁵¹ Cfr. Foucault, art. cit. (1968), pp. 15-16.

⁵² Cfr. Hans-Robert Jauss, «Littérature médiévale et théorie des genres», *Poétique* (París), 1 (1970), pp. 83 ss., y D. Ramada Curto, *O discurso político em Portugal (1600-1650)*, Lisboa, Universidade Aberta, 1988.

⁵³ A. M. Hespanha, «Pré-compréhension et savoir historique. La crise du modèle étatique et les nouveaux contours de l'histoire du pouvoir», *Rättshistoriska Studier* (Estocolmo), XIX (1993), pp. 49-67.

produjo el proceso de autonomía de la «política» y su conversión en objeto específico de reflexión y de producción dogmáticas, capaz de producir su propio cuerpo de doctrina, asumiéndose como categoría de saber y de reflexión con sus propios conceptos, sus propias autoridades y sus específicos géneros y subgéneros literarios⁵⁴.

Así, en el cuadro de esta preocupación por la pertinencia y por el rigor de las categorías empleadas, hay que hacer hincapié no propiamente en las palabras, clasificaciones y aspectos que reconoce mejor la sensibilidad actual, sino en todo aquello que se aproxima a la sensibilidad y a las prácticas coetáneas⁵⁵. Esto es válido no sólo en el campo de la «literatura política» —que utilizamos como ejemplo—, sino en todas las demás áreas que estén espacial o cronológicamente distanciadas de un investigador que quiera «entender entendimientos» muy diferentes a los suyos. El investigador no debe, pues, olvidar la relación «extraña» que mantiene con su objeto de estudio, cuyo «exotismo» importa no perder nunca de vista. Ésta es una lección que, además, se aproxima bastante a las preocupaciones casi cotidianas de muchos antropólogos. «Ver las cosas como los otros las ven», en esto consiste la ambiciosa propuesta de C. Geertz⁵⁶.

⁵⁴ J.-P. Genet, «L'économie du politique: théologie et droit dans la science politique de l'État Moderne», en *Théologie et droit dans la science politique de l'État Moderne*, Roma, E.F.R., 1991, pp. 19-20; Wolfgang Weber, *Prudentia gubernatoria. Studien zur Herrschaftslehre in der deutschen politischen Wissenschaft des 17. Jahrhunderts* [*Prudentia gubernatoria. Estudio sobre el arte de la gobernación en la ciencia política alemana del siglo xvii*], Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1992.

⁵⁵ J.-F. Schaub, *La vice-royauté espagnole au Portugal au temps du comte-duc d'Olivares (1621-1640). Le conflit de juridiction comme exercice de la politique*, París, E.H.E.S.S., 1995, pp. 622 ss.; y esta premisa se aplica, naturalmente, a la mayoría de los objetos de estudio situados en el pasado, casi siempre portadores de significados y de usos verdaderamente «extraños» a nuestros ojos: un buen ejemplo de ello es el estudio de Natalie Z. Davis sobre los peculiares usos del libro a comienzos de la época moderna, en «Beyond the Market: Books as Gifts in Sixteenth-Century France», *Transactions of the Royal Historical Society* (Londres), 33 (1983), pp. 69-88.

⁵⁶ C. Geertz, *op. cit.* (1986), pp. 10 ss. Este intento de los historiadores encuentra paralelo en algunas situaciones históricas, sobre todo en aquellas en que dos civilizaciones entraron en contacto por vez primera (por lo general, una europea y otra extraeuropea) y establecieron los primeros contactos entre sí, contactos difíciles, deshechos multitud de malentendidos y equívocos; sobre este asunto, véase el trabajo de Nicholas Thomas, *Entangled objects. Exchange, Material Culture, and Colonialism in the Pacific*, Cambridge, Ma., Harvard University Press, 1991; Inga Clendinnen, «“Fierce and Unnatural Cruelty”: Cortés and the Conquest of Mexico», *Representations* (Berkeley, Calif.), 33 (invierno 1991), pp. 65-100; es necesario ver, asimismo, las recientes consideraciones de S. Schwartz acerca de las categorizaciones e imágenes autóctonas y el modo en que éstas deben ser empleadas por los estudiosos, en «Introduction», en S. B. Schwartz (ed.), *Implicit Understandings. Observing, Reporting, and Reflecting on the encounters between Europeans and other Peoples in the Early Modern Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 1-19.

El ejemplo de la «literatura política» ilustra también otras cuestiones no menos importantes: es sintomático que cada vez se estudie menos la «teoría política» *per se*, y que tal perspectiva haya sido sustituida por una investigación que presenta una agenda bastante más ambiciosa. Además del estudio de los contenidos de las obras y de los autores convencionalmente considerados más importantes, este «nuevo» mirar sobre la racionalidad política de las sociedades pasadas tiene también en cuenta muchos otros textos que no solían merecer la atención de los estudiosos. A la luz de las categorías actuales, muchos de esos escritos habían sido sistemáticamente considerados carentes de significado político, porque se ocupaban de saberes y temas que en nuestros días no caben en la categoría de lo «político». Con todo, la tendencia que actualmente se observa va en el sentido de integrar en la encuesta a los libros que dan cuenta de aspectos fundamentales de la cultura política coetánea. Lo que atrás dijimos a propósito de las prácticas discursivas y de los géneros literarios explica esta tendencia actual hacia una ampliación de la investigación, que toma en cuenta, justamente, el cruce y la relación íntima y ontológica que la reflexión sobre la sociedad y sobre su gobierno siempre mantuvo con saberes tan diversos como la teología, el derecho o la ética, por sólo citar las áreas más importantes⁵⁷.

Además de este aspecto, importantísimo para comprender las relaciones de poder establecidas en el mundo ibérico desde el período medieval hasta fines del xvii, hay que contar, también, con otras dimensiones de ese conjunto complejo que hemos venido en llamar *cultura política*. Tal conjunto integra cuestiones tan cruciales como la caracterización de los productores del discurso sobre la sociedad y el poder, una caracterización que tenga en cuenta el componente sociológico de ese grupo, pero también sus técnicas *locales* de razonamiento y de conceptualización; y también el estudio de los medios de difusión del saber sobre el poder, del modo en que tales mensajes eran recibidos por los agentes y la manera en que afectaban a su conducta. En el fondo, y cumpliendo la propuesta de Pierre Bourdieu, se trata de comprender los múltiples aspectos del campo de producción del discurso sobre la sociedad y su gobierno, lo que supone identificar y estimar la posición social y el capital detentado por quienes mantienen una producción dogmática sobre dicho tema, comprender las articulaciones que mantiene con otros campos discursivos, y también comprender las estrategias que desarrollan con vistas a preservar su territorio de intervención discursiva.

⁵⁷ Cfr. *Théologie et droit dans la science politique de l'État moderne*, Roma, École Française de Rome, 1991; es también en el cuadro de la toma de conciencia de esa otra manera de clasificar y ordenar los saberes en las sociedades pasadas donde se inscriben los numerosos estudios sobre técnicas de organización de bibliotecas y archivos en la sociedad medieval y moderna.

Como se puede comprobar, continuamos en torno al *leit-motiv* que nos ha acompañado desde el inicio de esta reflexión: la dimensión *comunicacional* de los procesos sociales.

CONducir LA CONDUCTA

La comunicación ha servido de *leit-motiv* a esta reflexión. Pero la problemática de las relaciones de poder también ha estado presente casi de forma permanente, y será a este tema al que le dedicaremos el último apartado de este artículo.

De hecho, y como hemos venido observando, la dialéctica *comunicacional* comporta varios aspectos estrechamente relacionados con las dinámicas propias de la dominación, en especial una situación de desigualdad de capacidades entre las partes afectadas; el esfuerzo, desarrollado por cada una de las partes, para imponer una determinada representación, clasificación o visión del mundo; y el trabajo creativo (que comporta diferentes modalidades de recepción, de aceptación o de oposición), de parte de aquellos que reciben los mensajes. El lenguaje, como hemos visto, constituye un elemento omnipresente en ese esfuerzo de imposición y define muchas de las condiciones en que se produce la comunicación. Una comunicación, un intercambio de signos considerado como algo íntimamente relacionado con las *prácticas de poder* —aquí entendidas como el acto de conducir los comportamientos, la conducta de los otros—, pues funciona como el medio a través del cual se procura imponer determinadas imágenes de carácter normativo, así como dispositivos disciplinares y técnicas de control⁵⁸.

Respecto a esta temática, la sociedad europea medieval y moderna ha proporcionado a los historiadores un rico espectro de fascinantes objetos de estudio. Y en lo que toca a las imágenes sobre el ejercicio del poder sobre la sociedad, hasta el XVIII fueron los juristas los principales productores de discurso sobre esos problemas, creando un saber que comportaba esquemas normativos y propuestas de ordenamiento social, sobre la base de un aparato conceptual construido y manejado, ante todo, por los propios juristas. Pietro Costa ha mostrado que las palabras que integraban tal aparato conceptual poseían un potencial notable: generadoras de acciones, de conductas y de normas, clasificaban e instauraban distinciones y jerarquías. Formaban sistemas de vocabulario dotados de una eficacia

⁵⁸ M. Foucault, «Deux essais sur le sujet et le pouvoir», en H. Dreyfus y P. Rabinow, *Michel Foucault. Un parcours philosophique, Au de-là de l'objectivité et de la subjectivité*, París, Gallimard, 1984, pp. 308 ss.

productiva, textual y contextual, bien visible en los textos jurídicos de la época, los cuales pretendían deliberadamente construir un orden social⁵⁹. Estos sistemas léxicos, a su vez, tenían importantes consecuencias en las categorías de lo político, y del modo en que los actores atribuían significados tanto a sus actos como a los gestos de los otros. De ese modo, su eficacia no se limitaba al plano textual, ya que también se hacía sentir en las prácticas el efecto de estos conceptos generados, mantenidos y dominados por los juristas.

Los juristas protagonizaron, por tanto, la producción dogmática sobre la sociedad y su gobierno, y es esto lo que se ha estudiado en recientes trabajos producidos en el ámbito de la «historiografía del derecho», una línea de investigación que, desde la década de 1980, se ha destacado en el estudio de la historia política de la sociedad europea medieval y moderna. Responsable de las más consistentes propuestas interpretativas hechas recientemente sobre la política en la sociedad del Antiguo Régimen, la historiografía del derecho, sintomáticamente, se ha mostrado muy sensible a las problemáticas que hasta aquí hemos apuntado: muestra una abertura sin precedentes a los logros de otras disciplinas, sobre todo de aquellas más dedicadas al estudio de la dimensión social de los fenómenos; demuestra una fuerte preocupación por la gama de cuestiones relacionadas con la problemática lingüística; ha llevado a cabo la rentabilización y la profundización de muchas de las propuestas de Michel Foucault, a las cuales también hemos aludido ya⁶⁰.

Como tal, disponemos hoy de un conjunto importante de trabajos donde es notable el interés por la dimensión social del fenómeno jurídico en la sociedad europea, con especial atención a los siguientes aspectos: semántica de las categorías coetáneas producidas por los juristas; técnicas de razonamiento del saber jurídico, y sus consecuencias en el plano extradiscursivo; pluralidad de instancias normativas y de ordenamientos coexistentes en la sociedad medieval y del Antiguo Régimen.

⁵⁹ Pietro Costa, *Jurisdicção. Semântica del potere politico nella pubblicistica medievale (1100-1433)*, Milan, Giuffrè, 1969; A. M. Hespanha, «Représentation dogmatique et projets de pouvoir. Les outils conceptuels des juristes du ius commune dans le domaine de l'administration», en Erk Volkmar Heyen (dir.), *Wissenschaft und Recht der Verwaltung seit dem Ancien Régime. Europäische Ansichten*, Frankfurt-am-Main, V. Klostermann, 1984, pp. 3-28.

⁶⁰ Antonio Serrano González, «Poder "sub specie Legis" y Poder Pastoral», en Ramon Maíz (ed.), *Discurso, poder, sujeto. Lecturas sobre Michel Foucault*, Santiago de Compostela, Universidad, 1987, pp. 115 ss. Para una buena panorámica del abanico de problemas explorado por esta línea de investigación, cfr. Antonio Serrano, «Hispania, después de entonces», *Anuario de Historia del Derecho Español* (Madrid), LIX (1990), pp. 633-654; véase, también, A. M. Hespanha, art. cit. (1993).

El punto de partida para estas investigaciones ha sido, como vimos, el establecimiento de una unión muy estrecha con la dimensión social del fenómeno jurídico, hecho que ha generado un trato bastante intenso entre la historia del derecho y la historia social⁶¹. Tal ascendente de la dimensión social es bien visible en estudios que han seguido orientaciones diversas: en primer lugar, en los proyectos prosopográficos y en las biografías colectivas que intentan caracterizar el perfil social de los juristas (origen social o familiar, riqueza, matrimonio, profesión, matrimonio de los hijos, carrera, lazos políticos, producción literaria, entre otros campos), para, a partir de ahí, sacar conclusiones respecto al perfil típico de los miembros de esa comunidad socioprofesional que, durante tanto tiempo, protagonizó los destinos gubernativos y administrativos de Europa⁶². Paralelamente, pero todavía en el ámbito de la estrecha relación con la dimensión sociológica, en el grupo de los juristas se han reconocido muchas de las características de un sistema autorreferencial, por tratarse de una comunidad que creó su propia unidad e identidad, definiendo sus particulares reglas de organización y de reproducción, dotada de un vocabulario propio y específico, produciendo su propio objeto de discurso y manteniendo escasos contactos con el ambiente de saberes que le eran ajenos⁶³.

En cuanto a las propiedades semánticas de los conceptos producidos y usados por los juristas durante el período medieval y moderno, la taxonomía sobre los actos de poder tiene especial importancia. De hecho, y como sugerimos antes, a través de tal taxonomía se difundía una cierta red de categorías, activada no sólo en la comprensión y reflexión sobre las relaciones sociales, sino que también era eficaz en un plano extradiscursivo, de las prácticas del poder. En otras palabras, esos conceptos (y sus significados, contruidos por los juristas) instauraban un orden «juridicalizado» de pensar y de ejercer el poder, definiendo (delimitando) posibilidades de actuación y produciendo resultados político-institucionales. Como modelo interpretativo, esta propuesta se ha revelado extraordinariamente productiva, en trabajos ya clásicos como los de Pietro Costa o António M. Hespanha, quienes emprendieron un análisis detalla-

⁶¹ Cfr. Paolo Grossi (ed.), *Storia Sociale e Dimensione Giuridica. Strumenti d'Indagine e ipotesi di lavoro*, Milan, Giuffrè Editore, 1986.

⁶² Un programa diseñado y llevado a la práctica por António M. Hespanha, en «L'étude prosopographique des juristes: entre les "pratiques" et leurs "représentations"», en J.-M. Scholz (ed.), *El tercer poder. Hacia una comprensión histórica de la justicia contemporánea en España*, Frankfurt-am-Main, V. Klostermann, 1992, pp. 93-102.

⁶³ Hespanha, art. cit. (1992), pp. 97 ss.; Carlos Petit, «Oralidad y escritura, o la agnición del método en el taller del jurista historiador», *Historia. Instituciones. Documentos* (Sevilla), 19 (1992), pp. 327-379.

do de la semántica de las palabras empleadas por los juristas, y estimaron la eficacia de tales vocablos en un plano extradiscursivo, de las prácticas del poder⁶⁴. Sin embargo, tales trabajos subrayan otro aspecto no menos importante: es imprescindible entender tales palabras en un sistema local de técnicas de razonamiento, en un «orden de razón» específico de los juristas, que determina su modo de percibir, de apreciar y de atribuir significados. Aunque tal orden de razón se revele radicalmente «extraño» al investigador actual, a él cabe, no obstante, familiarizarse lo más posible con ella, a fin de mejor comprender la gama de sus efectos en la sociedad y en la gobernación de aquel tiempo.

Paralelamente, la historiografía del derecho se ha empeñado en extraer todas las consecuencias del hecho de que en la Europa del Antiguo Régimen existiese no sólo una instancia normativa, sino varias, todas ellas operando simultáneamente. Así, en ese mundo indeleblemente marcado por la diversidad de niveles y de tecnologías de organización y de regulación social⁶⁵, el mundo jurídico constituía uno entre varios otros productores (concurrentes) de modelos de organización de la sociedad y de la conducta⁶⁶. Además de que esas diversas instancias normativas interactuaban entre sí, el grupo de los juristas, en algunas ocasiones y áreas, llegó incluso a considerarse como el único productor autorizado de discurso sobre la sociedad y su gobierno, aunque el mundo eclesiástico también mantuviese un importante volumen de producción doctrinal, generando numerosos programas y modelos *ejemplares* de conducta, descritos, en algunos casos, con detalle sorprendente. Otro aspecto que debe ser recordado: en cualquiera de los casos, los libros constituían el vehículo privilegiado de registro y de difusión de ese patrimonio normativo, aspecto que nos recuerda, una vez más, que la dimensión *comunica-*

⁶⁴ Cfr. Costa, *op. cit.* (1969); Hespanha, art. cit. (1984); Jesús Vallejo, *Ruda equidad, ley consumada. Concepción de la potestad normativa (1250-1350)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992. Así como los trabajos de R. Descimon, «La Royauté Française entre Féodalité et Sacerdoce. Roi Seigneur et Roi Magistrat», *Revue de Synthèse* (París), IV, 3-4 (julio-diciembre 1991), pp. 455-473, y «Les fonctions de la métaphore du mariage politique du Roi et de la République, France xv^e-xviii^e siècles», *Annales ESC* (París) 6 (noviembre-diciembre 1992), pp. 1127-1147; Schaub, *op. cit.* (1995).

⁶⁵ Para Pietro Costa, la pluralidad de sujetos, de situaciones y los trasvases entre órdenes era tan acentuada en la sociedad medieval que acaba por resultar un objeto de estudio que se resiste a la síntesis basada en una lógica jerárquica descendente; obliga, por contra, a releer la doctrina jurídica medieval a la luz de una experiencia esencialmente plural, policéntrica, que se resiste a reducciones demasiado lineales a la unidad [cfr. Pietro Costa, *recensión crítica a Jesús Vallejo, op. cit.* (1992), publicada en *Quaderni Fiorentini* (Florenza), 23 (1994), pp. 459-463].

⁶⁶ Bartolomé Clavero, *Antidora. Antropología católica de la Economía Moderna*, Milan, Giuffrè, 1991; como es sobradamente conocido, Clavero protagonizó el cuestionamiento del llamado paradigma «estatalista».

cional constituye, también aquí, un dato fundamental. Se reconoce que existe, *de facto*, una eficacia del mundo de los textos en la esfera del mundo de las conductas⁶⁷, y por ese motivo, la historiografía del derecho también ha sido muy sensible a los logros de la «historia del libro y de la lectura», línea de investigación a la que ya hemos hecho referencia⁶⁸.

Antes de terminar, cumple señalar otras implicaciones de esta literatura de *exempla*. Además de la producción normativa de los juristas y del mundo eclesiástico, se han identificado otros medios donde se producía un similar trabajo de regulación y de inculcación de disciplinas de comportamiento, tanto por la socialización como por los libros. Y es justamente ahí donde se sitúa el interés que la historiografía reciente ha demostrado por el vasto *corpus* de la literatura sobre «cortesía» que se dio a la stampa a partir de finales del siglo xv⁶⁹. De hecho, no quedan dudas de que tal conjunto literario es uno de los lugares donde, de un modo sistemático, fue pensada y discutida la conducta y la problemática del comportamiento en la Europa de comienzos de la época moderna. Se trata de una literatura que define y propone una serie de modelos de comportamiento y de posturas ideales y ejemplares, las cuales, una vez difundidas repetida y sucesivamente, acaban por funcionar como verdaderos «canales de conducta», consolidando o consagrando gestos y comportamientos preexistentes y ayudando a la cristalización de otros. En el fondo, tales imágenes deben su eficacia al modo en que eran inculcadas en las mentes de los agentes, inculcación que se producía no sólo por la divulgación re-

⁶⁷ Además, ése es un elemento común a buena parte de los estudios reunidos en los varios volúmenes de la obra *Sapere e/è potere. Discipline, Dispute e Professioni nell'Università Medievale e Moderna. Il caso bolognese a confronto*, Bologna, Comune di Bologna, 1990; cfr. también D. Frigo, *Il padre di famiglia. Governo della casa e governo civile nella tradizione dell'«economico» tra cinque e seicento*, Roma, Bulzoni, 1985; *Espelhos, cartas e guias de casamento e espiritualidade na Península Ibérica, 1450-1700* (Oporto, Universidade, 1995), de Maria de Lurdes Correia Fernandes; y, asimismo, *Disciplina dell'anima, disciplina del corpo e disciplina della società tra medioevo e età moderna* (Bologna, Il Mulino, 1994), dir. por Paolo Prodi y Carla Penuti.

⁶⁸ Carlos Petit, art. cit. (1992), pp. 330 ss.

⁶⁹ Una de las investigaciones «fundadoras» de esta ola de estudios sobre la corte, partiendo de sus libros, fue dirigida por Roger Chartier, destacando «Distinctions et Divulgations: la Civilité et ses livres», en *Lecture et Lecteurs dans la France de l'Ancien Régime*, París, Seuil, 1987, pp. 45-82; más reciente, pero partiendo de idénticas premisas teóricas, es el estudio de Manfred Hinz, *Rhetorische Strategien des Hofmannes. Studien zu den italienischen Hofmannstraktaten des 16. und 17. Jahrhunderts* [Estrategias retóricas del cortesano. Estudio sobre los tratados de cortesía italianos de los siglos xvi y xvii], Estugarda, J. B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung, 1992, y los recientes estudios de Mario Biagioli, *The Practice of Science in the Culture of Absolutism*, Chicago & London, The University of Chicago Press, 1993; J. J. Berns y T. Rahn (eds.), *Zeremoniell als höfische Ästhetik in Spätmittelalter und früher Neuzeit* [El ceremonial como estética cortesana a finales de la Edad Media y a comienzos de la época moderna], Tübingen, Niemeyer, 1995.

petida y extensiva de los libros que las difundían, sino también en el curso del propio proceso de socialización. Para los agentes, semejante conjunto de imágenes ejemplares pasaba a representar no sólo un depósito de patrones de conducta o de programas de comportamiento, sino también marcos de sentido y de referencia, una especie de «gramática» de los gestos que cotidianamente cumplían —servían de esquemas de percepción, de apreciación y de acción—. Además, tales textos, pese a destinarse a un público cortesano, también ejercieron un significativo efecto sobre el resto de la sociedad, ante la cual la corte se presentaba como centro ejemplar, lugar del «buen uso» del cuerpo, de la lengua, etc.; en suma, un modelo imitado por todos⁷⁰.

En el fondo, se ha reconocido que tanto los discursos como los ambientes sociales donde esos discursos irrumpen están dotados de capacidad para actuar sobre las personas, conformando su conducta a través de la socialización y mediante el trabajo continuo de inculcación de actitudes y de valores. En esta premisa se basan los muchos estudios que recientemente se han dedicado a los «lugares» de socialización, «lugares» considerados como productores de patrones de conductas y de gestos recurrentes. Generadores de regularidades, tales ambientes definen posibilidades de acción, ayudando a la reproducción de esos mismos esquemas de comportamiento. En lo que toca a la sociedad europea de la época moderna, el medio cortesano —al que acabamos de hacer referencia—, los colegios jesuíticos y las sociabilidades aristocráticas han sido objeto de una atención muy especial por parte de los historiadores⁷¹. Una vez más, es a la conducta en su dimensión comunicacional a la que se concede el primado, estando siempre presente, también, el significado político del lenguaje.

⁷⁰ Cfr. Bern Spiller, «Die Rolle des Hofes bei der Herausbildung des "bon usage" in der französischen Sprache des 17. Jahrhunderts» [«El papel de la corte en la definición del "bon usage" de la lengua francesa del siglo xvii»], en A. Buck *et. al.* (dirs.), *Europäische Hofkultur im 16. und 17. Jahrhundert*, Hamburgo, Dr. Ernst Hauswedell & Co., 1981, pp. 13-21. La bibliografía de temática cortesana publicada en los últimos años es vastísima.

⁷¹ Entre los muchos estudios que podrían ser citados, cfr. Biagioli, *op. cit.* (1993); J. Dewald, *Aristocratic experience and the origins of modern culture: France 1570-1715*, Berkeley, University of California Press, 1993; Mark Morford, *Stoics and neostoics: Rubens and the circle of Lipsius*, Princeton, Princeton University Press, 1991; Marc Fumaroli, *Le Genre des genres Littéraires Françaises: la Conversation, The Zaharoff Lecture for 1990-91*, Oxford, Clarendon Press, 1992; G. Angelozzi, «La "virtuosa Emulazione". Il Disciplinamento sociale nei Seminaria Nobilium Gesuitici», en Angela De Benedictis (dir.), *Sapere e/è potere. Dalle Discipline ai ruoli sociali*, Bologna, Comune di Bologna, 1990, pp. 85-108, y Vittorio Dini, «Dalla Pedagogia delle virtù alla virtù della Pedagogia», ídem, 1990, pp. 37-51.